

HACIA UN ECOEVANGELIO

BENEDICTO XVI / FRANCISCO

HACIA UN ECOEVANGELIO

El llamado ecológico
de los papas Benedicto y Francisco

Prólogo de
JUAN MASÍA

Herder

Diseño de la cubierta: PURPLEPRINT Creative

© 2012, Libreria Editrice Vaticana, de *Per una ecologia dell'uomo*.

© 2015, Libreria Editrice Vaticana, de *Laudato si'*.

© 2015, Juan Masiá, del prólogo.

© 2015, Herder Editorial, S. L., Barcelona, de la presente edición.

ISBN: 978-84-254-3135-7

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta:

Depósito legal:

Printed in Spain – Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

PRÓLOGO: El ecoevangelio de Francisco y Benedicto.....	13
--	----

POR UNA ECOLOGÍA DEL HOMBRE
JOSEPH RATZINGER / BENEDICTO XVI

PRÓLOGO: Urgencia de una ecología humana	33
En contacto con la naturaleza, la persona se descubre criatura «capaz de Dios»	43
Alimentar a la población mundial en el respeto a la biodiversidad.....	44
La armonía entre ciencia y fe	47
Recuerdo del vigésimo aniversario de la tragedia de Chernóbil	50
La creación es un don que ha de convertirse en el jardín de Dios y así también en un jardín del hombre	51
La creación con todos sus dones aspira más allá de sí misma.....	54
El río Amazonas, fuente de vida	57
Sin solidaridad entre los Estados, se corre el peligro de impedir la obra de las organizaciones internacionales comprometidas en combatir el hambre y la malnutrición	60
La «ecología de la paz»	64
Una nueva Europa libre de la singular forma de «apostasía» de sí misma.....	69

Medio ambiente, persona humana, valores del espíritu: tres desafíos para afrontar al servicio de la justicia inspirada por la caridad	73
La explotación irresponsable del medio ambiente refleja una idea inhumana del desarrollo	77
El hombre recibió la creación para poder realizar con ella el plan de Dios	81
Las conocimientos científicos y técnicos han de aplicarse siempre en el pleno respeto del derecho internacional	83
El Ártico, espejo de vida	85
Afianzar la alianza entre el hombre y el medio ambiente.....	88
Cuando predomina la lógica del compartir y de la solidaridad es posible orientar la ruta hacia un desarrollo equitativo y sostenible	89
El derecho a la alimentación	91
Familia, comunidad humana y medio ambiente	95
Hombres nuevos para un mundo nuevo	97
Administrar según justicia los frutos de la creación	99
La maravilla de la creación y las heridas que marcan la superficie de la tierra	103
Estilos de vida más sobrios para frenar la degradación ambiental	106
Egoísmos y especulaciones obstaculizan la lucha contra el hambre	109
La ley natural, garantía contra manipulaciones y atropellos del hombre	113
Combatir la pobreza, construir la paz.....	114
El uso de energías alternativas contribuye al deseo de la humanidad de ser una mejor administradora de la creación	128
Debe garantizarse a todos un equitativo acceso a los recursos de la tierra	129

«El hombre sabe lo que el universo tiene de ventaja sobre él; el universo, en cambio, no sabe nada de esto».....	133
Lo que el aire es para la vida biológica, lo es el Espíritu Santo para la vida espiritual	137
Desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad	151
Un desarrollo humano integral para dar voz a todos los pueblos	154
La salvaguardia del ambiente	159
Las llaves de la tierra están en manos del hombre	162
Más inversiones para la agricultura en los países pobres	164
La creación está marcada por la finitud	167
Si quieres promover la paz, protege la creación	169
También las elecciones de las personas, de las familias y de las administraciones locales son fundamentales para la tutela del medio ambiente	184
La custodia de la creación factor de paz y de justicia	186
Responsabilidad social significa más atención a las necesidades de los trabajadores, al bien de la comunidad, y al respeto al medio ambiente	195
Palabra de Dios y custodia de la creación.....	199
La pobreza debe ser superada mediante un desarrollo humano auténtico	201
La ciencia, lugar de diálogo, encuentro entre el hombre y la naturaleza y, potencialmente, también entre el hombre y su Creador.....	206
Para que el desarrollo sea sostenible, es necesario buscar un nuevo equilibrio entre agricultura, industria y servicios.....	209
Contemplando la creación, el hombre experimenta un sentimiento de gratitud y de reconocimiento, pero también de responsabilidad para conservar y cultivar la obra de Dios.....	211

El agricultor, modelo de una mentalidad que une fe y razón	214
El mundo es un producto de la Razón creadora	215
La Tierra vista desde el espacio es hermosa y frágil	221
Las especulaciones sin límites tienen consecuencias dañinas para el medio ambiente y para el propio hombre	223
La ecología humana, una necesidad imperativa	224
La alimentación es una condición que concierne al derecho fundamental a la vida.....	227
Ecología del hombre, ecología del medio ambiente	232
El trabajo agrícola, objetivo de toda estrategia de crecimiento y de desarrollo integral	241
El mundo creado no es un simple escenario en el que se inserta la acción salvífica de Dios, sino que es el comienzo mismo de esa acción maravillosa	245
La Iglesia alienta a los gobernantes a proteger los bienes fundamentales como son la tierra y el agua	251
«Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas»	253

CARTA ENCÍCLICA *LAUDATO SI'*

DEL SANTO PADRE FRANCISCO

SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN

<i>Nada de este mundo nos resulta indiferente</i>	260
<i>Unidos por una misma preocupación.....</i>	263
<i>San Francisco de Asís.....</i>	265
<i>Mi llamado</i>	267
I. LO QUE LE ESTÁ PASANDO A NUESTRA CASA	269
1. Contaminación y cambio climático	270
<i>Contaminación, basura y cultura del descarte.....</i>	270
<i>El clima como bien común</i>	272

II. La cuestión del agua	275
III. Pérdida de biodiversidad.....	277
IV. Deterioro de la calidad de la vida humana y degradación social.....	283
V. Inequidad planetaria.....	285
VI. La debilidad de las reacciones	289
VII. Diversidad de opiniones	293
II. EL EVANGELIO DE LA CREACIÓN	294
I. La luz que ofrece la fe	295
II. La sabiduría de los relatos bíblicos.....	296
III. El misterio del universo.....	303
IV. El mensaje de cada criatura en la armonía de todo lo creado	307
V. Una comunión universal	311
VI. Destino común de los bienes	313
VII. La mirada de Jesús	315
III. RAÍZ HUMANA DE LA CRISIS ECOLÓGICA	318
I. La tecnología: creatividad y poder.....	318
II. Globalización del paradigma tecnocrático	321
III. Crisis y consecuencias del antropocentrismo moderno.....	327
<i>El relativismo práctico</i>	330
<i>Necesidad de preservar el trabajo</i>	331
<i>Innovación biológica a partir de la investigación</i>	335
IV. UNA ECOLOGÍA INTEGRAL	340
I. Ecología ambiental, económica y social	340
II. Ecología cultural	344
III. Ecología de la vida cotidiana	346

iv. El principio del bien común.....	351
v. Justicia entre las generaciones	352
V. ALGUNAS LÍNEAS DE ORIENTACIÓN Y ACCIÓN.....	354
I. Diálogo sobre el medio ambiente en la política internacional	355
II. Diálogo hacia nuevas políticas nacionales y locales	361
III. Diálogo y transparencia en los procesos decisionales....	364
IV. Política y economía en diálogo para la plenitud humana	367
v. Las religiones en el diálogo con las ciencias.....	373
VI. EDUCACIÓN Y ESPIRITUALIDAD ECOLÓGICA.....	376
I. Apostar por otro estilo de vida	376
II. Educación para la alianza entre la humanidad y el ambiente	379
III. Conversión ecológica	383
IV. Gozo y paz.....	386
v. Amor civil y político	389
VI. Signos sacramentales y descanso celebrativo	391
VII. La Trinidad y la relación entre las criaturas	395
VIII. Reina de todo lo creado	397
IX. Más allá del sol	398

PRÓLOGO

El ecoevangelio de Francisco y Benedicto

En griego, «eco» (*oikos*) es hogar y «evangelio» significa anuncio gozoso. Ecoevangelio es el concepto que mejor cuadra para definir la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco, así como los frecuentes llamamientos del papa Benedicto en favor de una ecología humana. Ambos lenguajes son «ecoevangélicos». No solo el discurso experimental en laboratorios de ecología, ni tampoco el discurso escolástico en clases de teología. Un discurso concreto, vivido y espiritual, de corazón a corazón: desde el corazón del Evangelio al corazón de los hogares. Afectiva y efectivamente, esta encíclica —que se publica en la presente edición acompañada por las exhortaciones del pontífice anterior— merece ser recibida con el talante con que está escrita: como una homilía o coloquio del pastor con el pueblo creyente, conversación familiar y discernimiento espiritual de ecoevangelio. Es Evangelio, porque es Buena Noticia. Es ecoevangelio, porque su palabra responde al clamor de casas amenazadas: nuestra casa común, la Tierra, víctima de la explotación humana; y los hogares de millones de familias, a menudo casi sin techo, amenazadas a causa de la misma explotación.

Francisco y Benedicto escuchan el grito desgarrador de la Tierra («la creación, en anhelante espera», Rom 8,19) y el clamor apenado de los pobres. Benedicto y Francisco escuchan la voz del Espíritu de Vida («El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres, me ha enviado a proclamar a los cautivos libertad, y recuperación de la vista a los ciegos, para poner en libertad

a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor», Lc 4,17; Is 61,1-2). De este doble encuentro, escuchando a las víctimas y con atención a la inspiración del Espíritu, nace el encargo ético del cuidado y el mensaje evangélico de la esperanza: *ecoética y ecoevangelio*.

La encíclica *Laudato si'* prolonga, profundiza y amplía, a la altura de los tiempos, el llamamiento reiterado de Benedicto por una ecología humana y cristiana. Dos claves del acento con que habla Francisco: una voz desde lo hondo del Espíritu y con resonancia en las periferias más arrinconadas; actitud espiritual, a la vez ignaciana y franciscana, del discernimiento y la liberación. Son palabras pronunciadas desde el Espíritu y desde el sur; desde el Espíritu, que da vida, y desde el sur del planeta, que anhela poder vivir. La encíclica nos convoca a salir hacia las periferias con la fuerza del Espíritu para salvar un mundo lacerado con multitud de víctimas: las tierras y los pobres. Nos llama a salir de autorreferencias y autosuficiencias, para contemplar y crear, cuidar y custodiar al mundo necesitado. Es una espiritualidad contemplativa y comprometida con la obra del Creador; una espiritualidad atenta a la llamada centrípeta del Espíritu de Vida, que unifica y vivifica todo en todo; sensible al clamor centrífugo de las víctimas, que hace salir de sí hacia todas las periferias de exclusión; alerta ante el grito desgarrador del planeta, amenazado por quienes debían ser sus cuidadores. Así es como predica al unísono la voz de los dos papas del siglo XXI, recopilada en la presente edición conjunta del *ecoevangelio de Benedicto y Francisco*.

Al resaltar la ecología humana, Francisco puntualiza: universalmente humana, es decir, de toda la humanidad sin excluir a ninguna persona víctima de la explotación injusta. Al acentuar la ecología profunda, Francisco precisa: con la profundidad del Espíritu de Vida, fuerza centrípeta de inclusión, transformación y unificación de la vida, sin descartar ninguna vida. El papa

que escogió llamarse Francisco hace honor al santo de Asís contemplando el rostro divino en los pobres y en la naturaleza, y reivindicando los derechos humanos y cósmicos de toda vida frente a la cultura de la exclusión y el descarte. Nos pide que asumamos «el grave compromiso de respetar y custodiar la creación, de estar atentos a cada persona, de contrarrestar la cultura del desperdicio y del descarte, para promover una cultura de la solidaridad y del encuentro».

Lo habíamos escuchado de sus labios en la primera homilía, cuando el 5 de junio de 2013 interpelaba a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: «Seamos custodios de la Creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro y del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y muerte acompañen este mundo nuestro». Estas palabras sirvieron de lema para la audiencia general, coincidiendo con la Jornada Mundial del Medio Ambiente. Se sumaba el papa al llamamiento de Naciones Unidas para eliminar el desperdicio y la destrucción de alimentos y nos interpelaba así:

¿Estamos verdaderamente cultivando y custodiando la creación?
¿O bien la estamos explotando y descuidando? Cultivar y custodiar la creación es una indicación de Dios dada no solo al inicio de la historia, sino a cada uno de nosotros; es parte de su proyecto; quiere decir hacer crecer el mundo con responsabilidad, transformarlo para que sea un jardín, un lugar habitable para todos.¹

A lo largo de los meses siguientes, con la sencillez y espontaneidad de las homilías diarias en su residencia de Santa Marta, reiteró la estrofa de su ecoevangelio, el mensaje sobre el cuidado del hogar y la preocupación por la casa común de todos y todas: «Cultivad la tierra, protegéd la vida, reconciliad a los vivientes».

1. Audiencia general. Plaza de San Pedro, 5 de junio de 2013.

Francisco tiene presente la insistencia con que Juan Pablo y Benedicto hablaron de *ecología humana* relacionándola con la *ecología medioambiental*. Ambas problemáticas se perciben hoy con especial urgencia de tiempos críticos y se agudiza la necesidad de recordar que el Dios Padre y Madre no ha encomendado la tarea de custodiar la tierra a la idolatría del dinero, sino a la mano y el corazón humanos. «Dios siempre perdona; nosotros, a veces perdonamos; pero cuando la naturaleza —la creación— es maltratada, no perdona», decía en el saludo de comienzo de año al cuerpo diplomático. Ante la tumba de san Francisco, rezó el papa: «Tenemos que proteger y cuidar la creación. Dios ha creado el mundo para que sea un lugar de crecimiento en la armonía y en la paz».

Llama la atención, en el ecoevangelio de Francisco, que sus palabras, pronunciadas en Roma, nacen y son proclamadas desde el Espíritu y desde el sur.

Desde el Espíritu. El ecoevangelio de Francisco es contemplativo, a la escucha de las voces de la creación entera, relaciona la crisis medio ambiental y económica con la crisis de una humanidad mutilada en sus capacidades contemplativas y creativas, al mismo tiempo que desarrolla sus capacidades dominadoras y destructivas de sí misma y del entorno. El año anterior a su elección como sucesor de Pedro, el arzobispo cardenal Bergoglio, en unión con los obispos reunidos en la XIII Asamblea del Sínodo de los Obispos (7 y 8 de octubre de 2012) para tratar sobre la nueva evangelización, se ponía a «la escucha del Espíritu, que nos ayuda a reconocer comunitariamente los signos de los tiempos» (*Evangelii gaudium* [EG], n. 14). En dicho Sínodo Francisco desempeñó un papel importante en la recopilación de propuestas enviadas al papa para la elaboración del documento conclusivo. Sobre la mesa de Benedicto XVI, todavía a la espera de publicación, se encontraba el texto sinodal de las *Propositiones* de los obispos para la redacción de

un documento papal, así como también la versión inacabada de una encíclica sobre la fe. Cuando Francisco recibió de su predecesor ambos documentos, decidió completar por sí mismo esta última. Por primera vez se publicaba una encíclica firmada por dos papas: *Lumen fidei* (29 de junio de 2013), testimonio de coherencia firme en la fe y continuidad tradicional en la doctrina. A continuación, Francisco asume como papa las propuestas del Sínodo, en cuya preparación había trabajado como obispo, y elabora la exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual: al clausurarse el Año de la Fe, inaugurado por Benedicto en 2012, se publica *Evangelii gaudium: La alegría del Evangelio*, el 24 de noviembre de 2013, Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, en el primer año del Pontificado de Francisco.

Pero Francisco no se limita a recoger las propuestas de aquel Sínodo, sino se extiende de su puño y letra para convertir esa exhortación en carta programática de su pastoral misionera y buque insignia de una evangelización impulsada por el Espíritu con la alegría del Evangelio y orientada a todas las periferias del mundo, de la tierra y de los pobres. De ahí la extensión de ese documento, en el que se integra la dimensión espiritual, comunitaria y esperanzadora de la misión cristiana y la reforma de la iglesia (EG, capítulos 1 y 2) con la dimensión social, liberadora, de justicia y paz del Evangelio (EG, capítulos 3 y 4), a la luz y con la fuerza del Espíritu del Resucitado (EG, capítulo 5). En el contexto del capítulo cuarto de *Evangelii gaudium* Francisco anuncia el tema ecoevangélico, que después desarrollaría en su encíclica *Laudato si'*:

Hay otros seres frágiles e indefensos, que muchas veces quedan a merced de los intereses económicos o de un uso indiscriminado. Me refiero al conjunto de la creación. Los seres humanos no somos meros beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas.

Por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación. No dejemos que a nuestro paso queden signos de destrucción y de muerte que afecten nuestra vida y la de las futuras generaciones (EG, 215).

Desde el sur. El ecoevangelio de Francisco es omniabarcante. Llama a cultivar la tierra entera, proteger toda vida y reconciliar a todos los vivientes entre sí. Pero, al igual que Pablo VI cuando se sentía impactado por las voces escuchadas en sus viajes latinoamericano, africano y asiático, Francisco se hace eco de las voces del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en su V Asamblea General, en Aparecida (2007), o de las del Episcopado Filipino en el Sínodo de 2012. Francisco asume el llamamiento con que los pastores del sur interpelan al norte. Por supuesto, no se trata de un norte y sur geográficos, ya que el sur explotado se encuentra en mayorías de víctimas que habitan en el norte geográfico, así como la presencia del norte explotador se cierne amenazadora sobre grandes extensiones del sur del planeta. Citando extensamente a los obispos filipinos, Francisco hace así de altavoz para sus quejas proféticas:

Dios quiso esta tierra para nosotros, sus criaturas especiales, pero no para que pudiéramos destruirla y convertirla en un páramo. Después de una sola noche de lluvia, mira hacia los ríos de marrón chocolate de tu localidad, y recuerda que se llevan la sangre viva de la tierra hacia el mar. ¿Cómo van a poder nadar los peces en alcantarillas como el río Pasig y tantos otros ríos que hemos contaminado? ¿Quién ha convertido el maravilloso mundo marino en cementerios subacuáticos despojados de vida y de color? (EG, 215).

Medio siglo tras el Concilio Vaticano II. Culminan en la encíclica de 2015 cuatro décadas de esfuerzos eclesiales por realizar la unión indispensable de la misión evangelizadora con la promoción de la justicia y la paz en el cuidado del mundo, tal como los proclamaba, practicaba y celebraba, en 1975, la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI. Recogiendo el testigo de Juan XXIII, en la *Pacem in terris* (1963) y del Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes*, 1965), Pablo VI prosiguió ampliando el horizonte de la Doctrina Social de la Iglesia, tras asumir el impacto de la experiencia de los pobres, de las otras culturas y las otras religiones en las citadas experiencias de viaje a Latinoamérica, África y Asia; en su encíclica *Populorum progressio* (1967), hizo un llamamiento a girar los pies hacia el sur del planeta, para que girase también la mirada al mundo desde el sur.

El Sínodo de 1971 había confirmado la inseparabilidad del compromiso por la paz y la justicia con la misión de evangelizar. Ese mismo año Pablo VI publicó la carta *Octogesima adveniens*, en la que afirma que la humanidad «ha tomado conciencia de que una explotación inconsiderada de la naturaleza corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación». En dicha carta Pablo VI subraya que su misión no consiste en dar desde el centro de Roma soluciones prefabricadas para los problemas sociales, cuya respuesta hay que discernir en cada situación local. El papa Bergoglio, al hablar en su *Evangelii gaudium* de «descentralización» y «periferias», cita precisamente este texto del papa Montini.

Pablo VI enviaba a la Cumbre de la Tierra, en Estocolmo (1971), un mensaje comprometido con la ecología y alertaba sobre las consecuencias de un desarrollo insensible a sus consecuencias en el ambiente natural. Ya un año antes comenzaba a aparecer la palabra «ecología» en documentos eclesiásticos. Por ejemplo, dirigiéndose a la Conferencia de Agricultura y Alimentación (FAO, 1970), el papa elogiaba los proyectos

de aumento y mejora en la producción de alimentos, a la vez que advertía sobre «los riesgos de unas posibilidades técnicas que dañan el equilibrio del medio ambiente y amenazan con una verdadera catástrofe ecológica». Recordaremos que en 1972 el Club de Roma dio el aldabonazo de alarma por la patología de la destrucción ambiental.

Se ha considerado que el cristianismo está enfrentado con la ecología, incluso que es responsable de la destrucción del medio ambiente por parte de Occidente. Se lo ha acusado de excesivo antropocentrismo y de ideología de dominio sobre la naturaleza. Hay que reconocer que el influjo de una lectura sesgada del relato bíblico de la creación ha prevalecido en la cultura eurocéntrica y ha influido en la manipulación irresponsable de la naturaleza y el desarrollo tecnocrático destructor del medio ambiente. Se ha subrayado durante mucho tiempo el «encargo y bendición para dominar la tierra» (Gn 1,28), que debería haberse entendido como misión de «administrarla, cuidarla y hacerla fructificar equitativa y responsablemente». En cambio, no se ha hecho valer el sentido de los siguientes versículos: «Tomó, pues, Dios al hombre, y lo instaló en el jardín del Edén para que lo cultivara y guardara» (Gn 2,15). Hasta lingüísticamente es importante la noción de «cultivar»; nos dicen los filólogos que conlleva el sentido de «prestar servicio». La tierra sirve al ser humano dándole frutos y el ser humano sirve a la tierra cultivándola para que fructifique mejor. Pero... ¿cómo cultivar de manera que se conjugue el despliegue bello y florido del jardín con la producción sostenible y el reparto equitativo de sus frutos?

Juan Pablo II, en su «Mensaje para la Jornada de la Paz de 1990», subrayó que la paz social, fruto de la paz con el Creador, exige también un gran pacto de paz con toda la creación. En esa ocasión el papa Wojtyla recordaba las enseñanzas bíblicas sobre la bondad de la creación (Gn 1,31) y el gemido del mundo creado que aguarda su liberación (Rom 8,20-21) y la reden-

ción cósmica de la creación realizada por Jesucristo en camino hacia una creación renovada escatológicamente (Ap 21,5).

Juan Pablo II señaló en diversas ocasiones, sobre todo en su encíclica *Centesimus annus*, que los problemas morales de la ecología están vinculados estrechamente a los de la política y la economía, así como la mutua implicación de bioética y ecoética. «En la raíz de la insensata destrucción del ambiente natural hay un error antropológico» (CA, n. 37). Para el pontífice polaco, filósofo a la vez que teólogo, el problema ecológico se plantea en relación con la dignidad y el puesto del hombre en el mundo; la naturaleza, en clave de creación; la creación, en clave de donación; el mundo ambiental, regalo y tarea, don y responsabilidad; la tierra, «primer don de Dios para el sustento de la vida humana» (CA, n. 31). El papa que, tras el atentado del 11 de septiembre, lanzó el mensaje de que «no hay paz sin justicia, ni justicia sin perdón», siguió relacionando, en sus exhortaciones al comienzo del nuevo milenio, la reconciliación con la tierra y con el prójimo, así como la mutua implicación de ecología humana y medioambiental.

«Benedicto XVI ha hablado de ecología más que cualquier otro predecesor suyo», como acentúa monseñor Jean-Louis Bruguès, en el prólogo que precede en la presente edición a la selección de textos del papa Ratzinger sobre la urgencia de una ecología humana. Remitiéndome a su lectura para una visión de conjunto y detallada sobre el pensamiento del pontífice alemán, me permito destacar aquí solamente tres rasgos del ecoevangelio de Benedicto, recogidos y acentuados en el de Francisco: la dimensión cósmica de la revelación, la antropología de una técnica humanizadora, y la raíz eucarística de la preocupación por la justicia y la ecología.

Dimensión cósmica de la revelación. En su encíclica *Caritas in veritate*, Benedicto XVI alude ampliamente a la preocupación ecológica de nuestros tiempos. La revelación del don de la vida

en la naturaleza y en la humanidad, imagen divina, suscita la doxología de la gratitud doxológica y la moral de la responsabilidad. Tanto la caridad como la misma economía están pidiendo «una honda revisión con amplitud de miras del modelo de desarrollo, para corregir sus disfunciones y desviaciones. Lo exige, en realidad, el estado de salud ecológica del planeta; lo requiere sobre todo la crisis cultural y moral del hombre» (CV, n. 32).

Antropología de la técnica humanizadora. En el «Mensaje para la Jornada de la Paz de 2007», Benedicto afirma que, junto a la ecología de la naturaleza, hay una ecología humana, y que a su vez requiere una ecología social. «La experiencia demuestra que *toda actitud irrespetuosa con el medio ambiente conlleva daños a la convivencia humana*, y viceversa. Cada vez se ve más claramente un nexo inseparable entre la paz con la creación y la paz entre los hombres. Una y otra presuponen la paz con Dios». ² Benedicto dedicó el «Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2010» al tema de la «Ecología y promoción de la paz». En él, ponía en guardia ante el olvido de Dios, Señor y dador del universo, así como ante la tentación de promover la ecoética olvidando la bioética. En la base antropológica de la ética está la exigencia de que la técnica sea humanizada para poder ser humanizadora.

Eucaristía, justicia y ecología. El 22 de febrero del mismo año 2007 se publica la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, en la que se afirma que la celebración eucarística nos recuerda que «la creación no es una realidad neutral, mera materia que se puede utilizar». En la línea de su obra *El espíritu de la liturgia*, Benedicto integra justicia y ecología en la Eucaristía que ofrenda los «frutos de la tierra y el trabajo humano». Francisco recogerá esta integración en su visión de la Eucaristía como «memoria cotidiana de la Iglesia, que nos introduce en

2. «Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2007» (cf. *infra*, p. 64).

la Pascua» transformadora de la vida. Sobre el trasfondo de esta memoria agradecida, brilla la alegría del Evangelio que nos hace vivir «en salida» hacia la liberación de los pobres y de la tierra (cf. EG, nn. 13 y 20) En el centro del ecoevangelio de Francisco está el Espíritu de Vida, el Espíritu Santo que en la epiclesis eucarística consagra los frutos de la tierra y el trabajo humano para convertirlos en cuerpo y vida de Cristo y fuerza de resurrección para la transformación del mundo, de la vida, de la humanidad. ¿De dónde brota, en el pueblo creyente, el compromiso con lo que recientemente llamamos «ecojusticia»: es decir, la acción social para promover la vida, la paz y la justicia, así como también para proteger el medio ambiente? Del recuerdo de las comidas de Jesús en la memoria práctica de la celebración eucarística o comida de acción de gracias; del reconocimiento arrepentido de su olvido en la historia de la Iglesia; de la renovación de esta memoria, gracias a movimientos surgidos en la base y asumidos luego por toda la Iglesia.

Fue muy importante la presencia y mensaje del papa Francisco, el 28 de octubre de 2014, en el Encuentro Mundial de los Movimientos Populares. En esa ocasión anticipó algunos temas estrella de la encíclica en cuya preparación llevaba meses trabajando. Destacó su énfasis en la trilogía «tierra, techo y trabajo». La paz y la ecología, dijo, son «temas tan importantes que los pueblos y sus organizaciones de base no pueden dejar de debatir. No pueden quedar solo en manos de dirigentes políticos. Todos los pueblos de la tierra, todos los hombres y mujeres de buena voluntad, tenemos que alzar la voz en defensa de esos dos preciosos dones: la paz y la naturaleza». El papa percibía con pena «un anhelo que debería estar al alcance de todos, pero que hoy vemos con tristeza cada vez más lejos de la mayoría: tierra, techo y trabajo».³

3. «Discurso del santo padre Francisco a los participantes en el En-

Tierra. Al inicio de la creación, Dios creó al hombre, custodio de su obra, encargándole que la cultivara y protegiera en comunidad. Muchos campesinos sufren el desarraigo, y no por guerras o desastres naturales. El acaparamiento de tierras, la deforestación, la apropiación del agua o los agrotóxicos inadecuados arrancan al hombre de su tierra natal. Otra dimensión del proceso ya global es el hambre. Cuando la especulación financiera condiciona el precio de los alimentos tratándolos como a cualquier mercancía, millones de personas sufren y mueren de hambre. Por otra parte se desechan toneladas de alimentos.

Techo. Familia y vivienda van de la mano. Pero, además, un techo, para que sea hogar, tiene una dimensión comunitaria: el barrio, donde se empieza a construir esa gran familia de la humanidad, desde lo más inmediato, desde la convivencia con los vecinos.

Trabajo. No existe peor pobreza material que la que no permite ganarse el pan y priva de la dignidad del trabajo. El desempleo juvenil, la informalidad y la falta de derechos laborales son resultado de un sistema económico que pone los beneficios por encima del hombre, son efectos de una cultura del descarte que considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar.

En el fondo de todas estas situaciones trágicas está, como denuncia el papa, la entronización de «un sistema económico centrado en el dios dinero» y no en la persona humana. «Sí —dice Francisco—, en el centro de todo sistema social o económico tiene que estar la persona, imagen de Dios [...]». Cuando la persona es desplazada y viene el dios dinero sucede la trastocación de valores [...]. No puede haber tierra, no puede

cuentro Mundial de Movimientos Populares». Vaticano, 28 de octubre de 2014.

haber techo, no puede haber trabajo si no tenemos paz y si destruimos el planeta».⁴

Al presentar la encíclica del papa Francisco, como veíamos antes, convendrá situarla en continuidad con su exhortación *Evangelii gaudium* que, a su vez, se sitúa en continuidad con la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, de 2007, y el Sínodo sobre la Nueva Evangelización, de 2012. En el Documento de Aparecida ya destacaban temas que ahora recoge la encíclica: destrucción de la biodiversidad, explotación desproporcionada de recursos naturales, grandes proyectos industriales y agrícolas organizados con planificación económica insensible a la destrucción medioambiental, descuido de las poblaciones rurales e indígenas, la importancia y riesgos de las ciencias y la técnica, etcétera. Estas problemáticas han sido enfocadas a la luz de la fe en el Creador, que hizo todo bueno; en Jesucristo, que asume y libera la creación; en el Espíritu de Vida, que engendra la nueva creación. Esta reflexión teológica bebe de las fuentes de una Iglesia del pueblo que pide su liberación y la promueve con la fuerza de la fe. Con visión y actitud profética, Francisco lee la historia y los signos de los tiempos iluminado por la fe, mientras camina con el pueblo creyente hacia el futuro cuidando la vida.

Larga cordillera es esta encíclica. Permítaseme recorrerla, tan solo a vista de pájaro, para destacar sus cumbres y estribaciones principales.

Se abre la encíclica sapiencial y contemplativamente, desde el Espíritu, con la alabanza agradecida al Creador por la «casa común», la Tierra. Profética y comprometidamente, se hace eco del clamor de la tierra y de los vivientes empobrecidos. La voz profética, que despierta y denuncia, alterna con la voz

4. «Discurso del santo padre Francisco a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares».

sapiencial que invita a cuidar y transformar la casa común; a lo largo de los seis capítulos de la encíclica, se reitera la doble estrofa del cuidado de la casa común en crisis y la vocación creativa para transformarla mediante la comunión universal de sus componentes y habitantes.

La alabanza del *Poverello* nos recuerda nuestra casa común, la Tierra, hermana y madre que nos sustenta, a la vez que protesta por el daño que le hacen quienes están llamados a cuidarla.

Nos hemos criado pensando que éramos sus propietarios y dominadores, con permiso para explotarla. La violencia que hay en el corazón humano herido por el pecado se manifiesta también en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Entre los pobres más abandonados y maltratados se encuentra nuestra tierra, oprimida y devastada, que gime y sufre con dolores de parto.

Ante todo, Francisco reconoce como guía al santo de Asís, que aúna «la atención a la creación divina y a los más pobres y necesitados».

Al recoger la aportación de sus inmediatos predecesores, Francisco tiene el detalle de citar, con espíritu ecuménico, la aportación del patriarca Bartolomé, con quien coincide en los puntos principales de su visión de la ecología desde la fe cristiana.

El reto urgente de proteger nuestra casa común abarca la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, porque sabemos que las cosas pueden cambiar. La humanidad tiene la capacidad de colaborar para construir la casa común.

En el punto de mira del cambio, las áreas de crisis ambiental y social:

la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta; la convicción de que todo en el mundo está íntimamente relacionado; el cuestionamiento crítico del nuevo paradigma y de las formas de poder que derivan de la tecnología, el llamamiento a buscar otras maneras de entender la economía y el progreso; el valor propio de toda criatura; el sentido humano de la ecología; la grave responsabilidad de la política internacional y local; y la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida...

El capítulo primero es un grito profético de alarma: ¿qué está ocurriendo en nuestra casa común, que se derrumba? Sin confiar ingenuamente en la aceleración irresponsable de los avances de la tecnociencia, urge redescubrir la conciencia y la sabiduría.

La voz sapiencial eleva el tono en el capítulo segundo: el Evangelio de la Creación. El papa Francisco está convencido de que el mensaje de vida, bondad y creatividad de la tradición bíblica se ha de compartir con todas las personas de buena voluntad, destinatarias de esta encíclica. Gratitud por el don y responsabilidad del cuidado es el eje que atraviesa y unifica esta tradición desde el encargo del Génesis hasta el anuncio en el Apocalipsis del cielo y la tierra nuevos. Hoy refutamos con fuerza la interpretación del relato bíblico del Génesis en términos de dominio humano. El encargo de custodiar la creación no nos otorga poder para destruirla, sino «deber de protegerla, cuidarla, sanarla, preservarla, conservarla y vigilarla». Esta responsabilidad humana hacia una tierra que es de Dios implica respetar la armonía de la creación, junto con la comunión universal. Paz, justicia y salvaguardia de la creación constituyen un triángulo de tareas inseparables.

Si seguimos comparando los temas de la encíclica con una cordillera, la cumbre del capítulo tercero correspondería a un volcán. Núcleo explosivo de todo el texto, desenmascara las raíces de la crisis. La casa común corre peligro de derrumbarse, porque sus habitantes traicionamos la vocación del cuidado y nos convertimos en destructores. De nada serviría describir los síntomas sin reconocer las causas de la patología. La voz profética alcanza en este capítulo tonos elevados para denunciar el fracaso del paradigma tecnocrático deshumanizador y destructor de la casa común de los vivientes.

Vuelve a ascender con ímpetu la voz sapiencial en el capítulo cuarto, que propone la visión de una ecología integral: ambiental, económica y social. Esta vez la cumbre evoca más el Tabor que el Sinaí, porque invita a la transfiguración de la casa y sus moradores.

Desde la cumbre del capítulo quinto descienden estribaciones hacia propuestas de acción concretas; como en la bajada del Tabor al camino de Galilea a Jerusalén, les aguarda la controversia y confrontación, pero Francisco no ha temido poner el dedo en la llaga. Hay que hacer algo, podemos y debemos hacerlo para evitar la autodestrucción de la humanidad y la destrucción del planeta.

Sexta y última cumbre: educación y espiritualidad ecológicas. Aquí, en la coda, Francisco retoma el tema de la obertura: la importancia de la doble motivación contemplativa y comprometida. Si la actividad profética podaba los excesos de crecimiento no sostenible, la actividad sapiencial proporciona riego y abono para favorecer el crecimiento fecundo de planta, flor y frutos.

Hasta aquí, el resumen de las líneas centrales de la encíclica de Francisco en el marco de la tradición papal del último medio siglo, especialmente de su articulación teológica en el pontificado de Benedicto. Me he limitado en este prólogo a

subrayar unos acentos del magisterio eclesial, calificable como ecoevangélico, que se compendia en este volumen de doble autoría papal; condensación de un pensamiento y una praxis para el cuidado de la creación, de la vida y de todos los vivientes.

Salir a contemplar y crear, salir a cuidar y custodiar: es la vocación que nos interpela en las páginas siguientes por boca de Benedicto y Francisco; transmiten y actualizan, como Mateo y Marcos, como Lucas, Juan y Pablo, el mensaje luminoso de Jesús, el Enviado. Y nos envían de parte del Maestro a contar y cantar la gratitud por la vida y a cuidarla.

Id por todo el mundo, salid a dar la Buena Noticia a todas las gentes, multiplicando el discipulado de las bienaventuranzas, dice Mateo desde el monte de la Ascensión. Id a todas las fronteras, a curar y vivificar, dice desde Roma la voz de los sucesores de Pedro, seguidores de Jesús.

Id por todo el mundo, salid a contemplar la belleza y la verdad de la creación, salid a cocrear un mundo nuevo, que para eso os ilumina la gloria del Creador, dice el papa Benedicto XVI, el Lúcido. Id por todo el mundo, salid a cuidar y custodiar con alegría de Evangelio y fuerza de Espíritu; salid a las periferias para cuidar al prójimo herido y custodiar la naturaleza amenazada, dice el papa Francisco, el Misericordioso.

Los ecos de la Palabra de Vida, que transmite la teología lúcida y la espiritualidad compasiva de estos dos pastores ecuménicos, son tan múltiples que no caben en este simple prólogo. Las escasas resonancias recogidas aquí solo han sido una muestra para animarnos a agradecer la vida y cuidar la tierra y a los vivientes, creyendo en Jesús, el que vive.

JUAN MASIÁ CLAVEL, SJ
Universidad Sophia, Tokio